

DEL PASADO PROXIMO CACEREÑO

UN AÑO VULGAR Y DOS NOMBRES POPULARES

(1908)

EL 1908 fué un año vivido—valga la expresión—dentro de casa, un año típico del tranquilo quietismo cacereño: no hubo acontecimientos salientes, ni visitas de personajes, ni sucesos sensacionales. Todo giró en torno a sus costumbres de tradición, a las características distracciones de sus habitantes. El centenario de la Guerra de la Independencia, celebrado el 2 de mayo, fué tan pobre festejo, que nadie le concedió importancia. El mismo tono gris tuvo el reparto de premios a los maestros, presidido por don Miguel de Unamuno.

Todo fué tranquilo y vulgar: los bailes de siempre en Artesanos, la Concordia y el Mercantil; reuniones en las casas; las consabidas novilladas, la tradicional feria y los paseos en los días de las mesas de los Mártires, la Paz, las Candelas y San Blas, rematados con alegres veladas en los domicilios de la señora viuda de Higuero, don José Elías, señores de Torres de Castro y doña Teresa García-Carrasco.

El carnaval callejero estuvo, como siempre, salpicado de «jardineras», «cautivas» y «médicos». Estos tres incomprensibles e inevitables disfraces eran algo consustancial a las carnestolendas cacereñas. La «jardinera» vestía chambra y enagua blanca, salpicada de hojas de naranjo, llevando al brazo una cesta con flores. La «cautiva», sobre idénticas prendas, ceñía un cinturón de hojadelata, al que iban sujetas cadenas del mismo ruín metal, que remataban en los tobillos y en las muñecas, coronándose con un aro de igual calidad. El atuendo de «médico» lo formaba una levita, una chistera y un bastón.

Los congregantes de San Luis Gonzaga reuníanse en periódicos actos literarios, presididos por don Fernando Jiménez Mogollón y con intervenciones de los jóvenes Rodero, Florianio, Barreras, Berjano y otros. Algún grupo trataba de organizar un Ateneo, nombrándose comisión organizadora, compuesta por León Leal, Enrique Montánchez, Alfredo Mateos y José Carreras.

El público se solazaba en el Circo Feijó y en el cine de la Plazuela de la Concepción, donde las «cupletistas», aparecidas un año antes, hacían las delicias de todos, muy especialmente Purita Martini, que llegó a ser popularísima en Cáceres, mientras a otra, llamada «La Ideal», se le hacía el vacío por sus inmorales canciones. Por

cierto, que de la Martini se dijo que tenía un ojo de cristal, haciéndose tantos comentarios, que la interesada se creyó en el caso de desmentirlos en público, sustituyendo el estribillo de una de sus canciones por este otro:

«Te veo, te veo,
con los dos ojos a la par.
No creo, no creo
eso del ojo de cristal».

En las horas estivales, los jóvenes iban a refrescarse en las Tene-rías Bajas, en los que el vulgo llamaba «Baños de don Benigno», bautizados oficialmente con el nombre de «Villa Juanita». Había allí bañeras individuales, de mármol, y un estanque—entonces no se decía piscina—de dieciocho por cuatro metros.

El hambre, el paro obrero y la mala cosecha se fueron sorteando con la «Tienda Asilo», en la que se despachaban comidas gratuitamente o a muy bajo precio, y con otros caritativos recursos, tal como la «Caja de Ahorros y Préstamos de las Señoras de Cáceres», novedad de vida efímera, cuya junta directiva presidía doña Catalina Muñoz y Torres-Cabrera y completaban doña Fermina Amil, doña Carmen Beltrán y doña Benigna Navascués.

El deporte cinegético, tan arraigado en esta tierra, era constante esparcimiento de los caballeros, que dejaban con frecuencia sus habituales tertulias y sus voluntarias y quisquillosas luchas políticas de conservadores y liberales, para ir a cazar en los cotos de «El Galindo», «Las Marinas», «Cantillana», «Las Golondrinas» o «La Grana», invitados por sus respectivos dueños, el actual Conde de Canilleros, don Jacinto Enciso, don José García-Becerra, don Adolfo López Montenegro y don Germán Petit.

En el vivir de siempre, pusieron alguna nota de interés el canje de los llamados duros sevillanos y los comentarios sobre la muerte de Salmerón, el asesinato del Rey y del Príncipe heredero de Portugal, el Congreso Hurdanófilo, celebrado en Plasencia el 14 y 15 de Junio; la adjudicación de las obras del nuevo Matadero a don Angel Valhondo, por poco más de ochenta mil pesetas; el proyecto de hacer un mercado en la Plazuela de la Concepción y el faro que fué puesto junto al Santuario de la Virgen de la Montaña, que desde entonces brilla en la noche cacereña como estrella de los más puros amores.

Dos hechos, a la vez tristes y evocadores, motivaron los más vivos comentarios del año, envueltos en la nostalgia de gratos recuerdos de desaparecidos días. Dos nombres, popularísimos en Cáceres, que en vida estuvieron íntimamente unidos, se unían en la muerte: Juan Becerra y Manuel Tovar, «Tovarito», fallecidos ambos durante el año.

Becerra bajó al sepulcro en nuestra ciudad, el 27 de abril; «Tovarito» entregó su alma en Plasenzuela a finales de Septiembre.

Juan Becerra fué gran periodista y magnífico escritor. Manuel Tovar era un buen hombre, ignorante, que le dió por presumir de poeta y que se daba él mismo el título de «El Vate Extremeño».

Había nacido en el pueblo donde murió; pero vino a residir durante mucho tiempo en Cáceres, siendo en esta ciudad donde tuvo sus más amplias y artificiales actividades literarias. Con algunas pesetas y sin base cultural ni talento, dedicóse a publicar libros y folletos en verso, siendo él tan solamente el engañado con la farsa, pues todo Cáceres estaba en el secreto de que era incapaz de escribir dos líneas rimadas, ni sin rimar, siendo público que cuanto salía con su firma era obra del inspiradísimo y malogrado poeta Felipe Uribarri o del inteligente Juan Becerra. Como quiera que Uribarri murió en plena juventud, años antes, en 1896, su último y más permanente «colaborador» fué Becerra.

La popularidad de «Tovarito» era enorme. Alternaba con la mejor sociedad y conocía a todo el mundo. Sus supuestos libros y folletos eran repartidos profusamente, con poéticas dedicatorias del falso autor. La más celebrada de estas producciones fué el relato en verso de un viaje a Tierra Santa, graciosísima narración debida a la pluma de Uribarri.

Manuel Tovar repartía también su retrato, estampado sobre la reproducción de un billete de mil pesetas. Los que no alcanzamos a conocerle, tenemos bastante con este documento fotográfico, para captar su psicología: un infeliz, con vanidad de pueblera adinerado y espíritu y facciones de gañán. La gente disfrutaba y reía con «Tovarito», y él era feliz, creyéndose un genio.

Becerra, cuya situación económica fué siempre precaria, salvaba momentáneos apuros, escribiendo trabajos para que los firmase «El Vate Extremeño».

El fallecer ambos en este mismo año de 1908, hizo que la gente volviera a recordar y referir el enlace de ellos y las anécdotas de cada uno. Del escritor auténtico se recordaban dos de verdadera gracia, con las cuales queremos concluir la anual evocación.

Juan Becerra, como ya hemos indicado, fué inteligente, gran periodista, magnífico escritor, espíritu un poco bohemio, desordenado y falto siempre de recursos. Con más gastos que ingresos, sus deudas se multiplicaban, siendo raro el comercio cacereño donde no tenía alguna cuenta. Iba en cabeza de estos atrasos lo adeudado al sombrerero Peña, un andaluz simpático y dicharachero, que también llegó a ser muy popular. Decíase de él que dos veces diera fuego a su sombrerería, para cobrar la póliza de un seguro de mucho más valor que los géneros quemados. Tuvo negocios de coches de viajeros y fué abastecedor de caballos en las corridas de toros. Era muy inteligente, pero falto de toda instrucción. En su tienda, situada en la calle de Pintores, se reunían en tertulia algunos aristócratas cacereños.

Cansado Peña de esperar a que Becerra viniera a saldarle la cuenta, decidióse un día a dirigirle una razonada carta, que, desde luego, no era ningún modelo epistolar ni ortográfico. No parece que el

deudor fuese el más adecuado para juzgar estas cosas; pero Becerra, dejándose llevar de su humor e ingenio, contestó en misiva—cuyo texto ni consta ni interesa—, encajeada con las siguientes palabras:

«Mi distinguido amigo: He recibido su carta, tan sobrada de razón como falta de ortografía».

Para que pudiera defenderse económicamente, sus amigos lograron colocar a Juan Becerra de temporero en el Ayuntamiento. Surgió entonces una complicada polémica periodística, que le produjo rozamientos con el Obispo de la Diócesis, don Ramón Peris Mencheta. Amistosas mediaciones lograron zanjar la tirante situación, escribiéndole, por fin, el Prelado una cariñosa carta, dando al olvido el incidente, carta en la que, según la fórmula de costumbre entre tales dignidades, firmaba: «Ramón, Obispo de Coria». Becerra contestó al mensaje con otro muy respetuoso en el que puso esta firma: «Juan, temporero del Ayuntamiento».

MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO

SUSCRÍBASE USTED

a la *COLECCION DE ESTUDIOS EXTREMEÑOS*, de la que han aparecido, hasta ahora, los volúmenes siguientes:

1.—*Don Gutierre de Sotomayor, Maestre de Alcántara, (1400-1453)*, por Miguel Muñoz de San Pedro.

2.—*La vida en Cáceres en los siglos XIII y XVI al XVIII*, por Miguel A. Orti Belmonte.

3.—*Desde la lejanía* (Poemas), por Alfonso Albalá Cortijo.

4 y 5.—*Historia del culto y Santuario de Nuestra Señora de la Montaña, Patrona de Cáceres*, por Miguel A. Orti Belmonte.

6.—*Para una interpretación extremeña de Donoso Cortés*, por Francisco Elías de Tejada.

7.—*Extremadura y el franciscanismo en el siglo XVI*, por José Luis Cotallo, y

8.—*Tres escritores extremeños (Micael de Carvajal, José Cascales Muñoz, José López Prudencio)*, por Francisco Elías de Tejada.